

RÉPLICA

AL SR. D. GUMESINDO MENDOZA,
ACERCA DE SU DISERTACIÓN SOBRE EL IDIOMA OTHOMÍ.

El Sr. D. Gumesindo Mendoza ha contestado las observaciones que le hice acerca de su disertación sobre el idioma othomí, cuya contestación se ve en el tomo 4º, núm. 8 del «Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística,» repartido la semana anterior, aunque tiene fecha del mes de Agosto. Por este motivo no había yo podido replicar al Sr. Mendoza sino hasta este momento.

Desde luego observo que el citado señor comienza por truncar mi escrito, asentando que mis proposiciones se reducen á dos: 1º El othomí nada tiene de *sublime*. 2º Ni el othomí ni las lenguas en general son creación del hombre, sino de Dios.

Cualquiera persona que lea mis observaciones, notará que se omite una de ellas, acaso la más importante: que el othomí *no es lengua madre.* Esta manera de argüir supone en el que lo hace, una de dos: ó precipitación en leer, ó poca sinceridad al contestar. Si el Sr. Mendoza leyó de prisa mi impugnación, no se hizo cargo de ella, y no puede contestarla con exactitud. Si la leyó bien y omite una parte, resulta el todo de mis argumentos sin aquella fuerza propia del enlace parcial.

Con estos preludios entro en materia respecto á lo que trata el Sr. Mendoza.

Este señor se difunde innecesariamente en disertar sobre lo *sublime* y digo innecesariamente por estas razones.

Nada de nuevo contienen sus observaciones, después de lo que se ha dicho desde Longino hasta Ancillon; no hay más que cambio de nombres: México en lugar de Pekín; Popocatepetl en lugar de Himalaya, etc., etc.

Es cierto que un escritor puede ser nuevo en cuanto á la aplicación de cosas sabidas; pero precisamente se incurre en el sofisma llamado «salirse de la cuestión,» cuando el Sr. Mendoza aplica la teoría de lo sublime al othomí. Dice que en ciertas circunstancias el sol parece sublime, el arco-iris, el niágara, el grupo de Lacoonte, etc., pero con nada de esto demuestra que el othomí tenga buen mecanismo, diccionario rico y gramática perfecta, que es lo que debía probar, porque es lo que se discute. Mi antagonista se divaga en profusión de palabras, y cubriendo con figuras retóricas la falta de fondo, trata de herir la imaginación para distraer la razón. Tal suele ser el sistema de los que defienden una mala causa: pero ese sistema no puede resistir á la rigurosa análisis del raciocinio, como procuraré hacerlo respecto á los argumentos que más adelante va poniendo el Sr. Mendoza.

Considera al lenguaje, en general, como el *ropaje* del pensamiento, y en consecuencia *grandioso* porque es la manifestación sensible del espíritu. No sé con claridad qué es lo que el Sr. Mendoza entiende por *espíritu*, pues habla de varios. Primero del *espíritu guerrero*, citando á Séneca, y luego de otros más, según las siguientes palabras: «Antes del hombre el espíritu había estado encadenado en séres dotados también de *espíritu.*» Repito que no comprendo bien el sistema neumatológico del escritor que me ocupa, seguramente por mi torpeza, y no percibo en su argumento más que esta falacia: El lenguaje es el vestido del pensamiento, está bien; pero como hay vestidos de varias clases, desde el manto de púrpura de un rey, hasta los harapos de un mendigo, lo mismo puede el pensamiento vestirse con un lenguaje rico ó pobre, bello ó feo. De que el lenguaje sea un vestido, no resulta, pues, la consecuencia de que precisamente todos los idiomas sean sublimes ó grandiosos, incluso el othomí.

Siguiendo el Sr. Mendoza el sistema de comparaciones pasa á suponer al othomí, no ya como un *ropaje*, sino como

un cuerpo *desnudo*, ya no es «cosa que viste,» sino «*cosa vestida.*» Efectivamente, el escritor asienta estas palabras: «El othomí desnudo del ropaje que engalana otros idiomas, nos deja percibir el trabajo del espíritu.» Adelante precisa más su comparación, pues compara al othomí con la estatua de Lacoonte, porque ésta es sencilla y no tiene ropaje. Tampoco percibo en esta ocasión la necesidad de que una cosa desnuda sea bella ni grandiosa. Al levantar la capa que cubre un cuerpo, bien puede resultar una Friena, ó un monstruo.

Dejando el Sr. Mendoza el lenguaje figurado, usa después el directo, siendo más claro y preciso. Entonces asienta que la desnudez, y en consecuencia la sublimidad del othomí, consiste en que no tiene prefijos ni desinencias, opinión que con asombro, por primera vez leo en mi vida, pues siempre había yo visto que se consideraba como una perfección en el lenguaje, la posesión de signos propios para expresar las modificaciones de las ideas. Por esta razón el famoso Adelung llama á las lenguas monosilábicas «el primer balbutir del género humano,» y comparándolas con las de flexión, las considera como la canoa del salvaje, respecto al navío de una nación civilizada. Y ya que el Sr. Mendoza es tan aficionado á comparaciones, pondré la mía para hacer comprender la diferencia entre las lenguas de flexión y las monosilábicas. La lengua de flexión es la columna con basa y capitel, es decir, con prefijo y terminación; la lengua monosilábica es la columna que sólo tiene fuste. Esta clase de columnas son las *sublimes* según el sistema del Sr. Mendoza.

Sin embargo, acaso no muy seguro en sus principios busca el apoyo del P. Nájera para probar la sublimidad del othomí. Repito, sobre el P. Nájera lo que dije en mi disertación anterior: respeto sus talentos, pero no le considero como autoridad lingüística en nuestros tiempos. Recuerde el Sr. Mendoza aquello de que «á los hombres los juzgan los extranjeros,» y lea la «Revista americana» que se publica en Londres: allí encontrará que respecto á Nájera se ha observado que como lingüista, sólo escribió una corta disertación, y que sus conocimientos filológicos no alcanzan á los modernos. En esto no hay ni puede haber censura con-

tra Nájera porque nadie adivina la ciencia futura, sólo se indica que en el día hay que buscar autores más adelantados.

Pero lo notable en Nájera es que éste nunca asienta proposiciones concluyentes como el Sr. Mendoza, y se contenta con decir que «*el othomí tiene un no sé qué de sublime.*» Hay, pues, duda, vaguedad en la opinión de Nájera, mientras que el Sr. Mendoza no teme repetir con toda resolución que el othomí es *grandioso, sublime.*

Aun cuando Nájera pensase exactamente como el Sr. Mendoza, sería fácil oponer cien lingüistas, historiadores y críticos, en contra suya, no habiendo hasta ahora escritor que yo sepa que no convenga en mi proposición. «El othomí es una *gerigonza* bárbara.» Me he constituido defensor de este aserto, porque para mí uno de los mejores criterios es el del sentido común, la opinión de la mayoría. Otras personas prefieren aislarse sosteniendo paradojas.

No pudiendo menos el Sr. Mendoza de reconocer en sí cierta parcialidad, explica que no defiende al othomí por ser su lengua propia. Por mi parte diré también que estoy tan distante de atacar al othomí porque no sea la lengua de mis padres, que confieso grandes cualidades á otros idiomas indígenas, como el mexicano, y más todavía al tarasco que, en muchas de sus formas, puede ponerse en parangón con las lenguas clásicas.

Tratándose de onomatopeyas, dije en mi impugnación que un idioma monosilábico no puede expresar bien aquello que requiere palabras largas. El Sr. Mendoza contesta que eso es materia de gusto, y que á él le gustan más las onomatopeyas breves. No debo replicar otra cosa sino que, como el gusto del Sr. Mendoza no basta para fundar una noción científica, su observación carece enteramente de valor.

Manifesté también que la pobreza del othomí, su escasez de palabras *simples*, le obligan continuamente á componer. Contesta el autor de la Disertación que lo mismo se hace en español y otros idiomas. Convenido, pero con esta diferencia notable: «lo que en el othomí es la regla, en otras lenguas es la excepción.» Así lo ha dado á entender antes, y ahora lo explico con más claridad para que no se extra-

ría de nuevo la cuestión, en la cual observo también que el Sr. Mendoza confunde la *etimología* con la *composición* de las palabras. Dice, por ejemplo, que *superficie* no es voz simple sino compuesta, porque «*se deriva*» de *super*, sobre, y de *facies*, cara. Una cosa es *derivar* y otra es *componer*. Una palabra es *compuesta* cuando se forma de otras del mismo idioma, y es *simple* cuando en la misma lengua no puede descomponerse. Buscar en otras lenguas su significado, es *derivar* y no *componer*. Tácitamente lo confiesa así el Sr. Mendoza, pues usa del primer verbo y no del segundo.

Otra observación que hice respecto del othomí, fué que continuamente expresaba ideas metafísicas con voces que indican cosas materiales. Se me contesta de la misma manera que antes, poniendo ejemplos del griego y latín. Yo replico igual cosa que ya repliqué, y es que debe distinguirse entre la regla y la excepción. Por otra parte, la noticia de origen material de palabras que expresan ideas metafísicas no es nueva, se encuentra en cualquier libro de lingüística, y para no dilatarme citaré únicamente el «Origen del lenguaje» por Ernesto Renán.

El Sr. Mendoza indica varias veces que él es práctico en las lenguas indígenas y que yo no lo soy. Esto prueba que lo poco ó mucho que yo sepa de ellas lo debo al estudio y no á la fácil enseñanza de mis padres; pero supuesta la práctica del Sr. Mendoza, ya que trató del origen material de las palabras, pudo dar alguna novedad á su escrito, refiriéndose á las lenguas indígenas; no al griego y al latín que hasta los niños las conocen. Pero ya que el Sr. Mendoza no lo hizo así, trocaremos nuestros papeles, y habiendo presentado él ejemplos de lenguas europeas, yo los presentaré de indígenas.

En mixteco *yosinindi* significa ver y entender; en mame *k'ih* es día y tiempo; en tarasco *carhui gereni* es quemarse y aborrecer; en matlatzínca *niyeh* quiere decir suyo y sustancia. Sin embargo, en esos y otros idiomas indígenas encontrará el Sr. Mendoza palabras directas para expresar conceptos como éstos.

En mixteco; memoria *sonahaku*; albedrío, *yotakusindí*; tiempo, *huico*; cosa verdadera, *sandísa*.

En mame: *kichizibil* ánimo; *tiloti* cosa; *banil* virtud; *ahbil* voluntad.

En mexicano: *Tla* cosa; *caluüll* tiempo; *ixlamatitzi*; *tlanamiqui* pensar.

En tarasco: *eui* ser, estar; *actua* voluntad; *kururaxchua* ira.

En pirinda: *nitepuenyaa* pensamiento; *ninahui* voluntad; *ninkuti* cosa.

Tocante á otra cuestión, hice ver que la pronunciación del othomí es tan difícil, que el P. Nájera la confesaba como insuperable; que Neve tuvo necesidad de usar trece vocales para darse á entender algo, etc., etc. A esto dice el Sr. Mendoza; también los ingleses tienen quince vocales. Debo advertir que este es el argumento favorito del Sr. Mendoza, su razón principal; así es que la repite á cada paso, tomando como ejemplo principalmente el inglés. Replicaré pues, una vez por todas, lo siguiente: El inglés es defectuoso y pobre, al grado de que los críticos pacientes han hecho ver que en el «Paraíso perdido» de Milton no hay más que ocho mil palabras. Pero no sólo el inglés es defectuoso, sino los demás idiomas modernos comparados con los antiguos, y así lo manifiestan los verdaderos filólogos, los que son capaces de calificar un idioma. Para probar esto no quiero que el Sr. Mendoza diga que le hecho encima mi biblioteca; así es que me contentaré con copiar algunas palabras de un juez competente, Müller: «Les mots, dans la langue grecque, et en général dans les langues de l'antiquité, avec leurs inflexions et les desinances variés de leurs cas avançaient comme des corps vivants, tandis que nous le voyons réduits dans la plupart des langues modernes à l'état des vraies squelettes; dans la phrase antique les parties se rangeant symétriquement et sans effort en vertu de leur nature et de convenances comme un bâtiment bien construit, bien ordéné, et dont notre oeil admire les justes proportions. Dans les langues qui ont perdu leurs inflexions gramaticales, ou bien la vive expression du sentiment est empêchée par une invariable et monotone disposition des mots, ou bien l'auditeur est forcé de serrer son attention afin de saisir la relation mutuelle des divers membres de la phrase. Ce dernier défaut est, de l'aveu des

allemands eux mêmes le vice capital de la langue allemand: l'autre défaut est celui des langues neo-latines.»

Supuesto lo dicho, el argumento de comparar al othomí con otros idiomas defectuosos es este: «El othomí tiene iguales ó semejantes defectos á otras lenguas; luego el othomí es sublime.» De esta manera se defienden igualmente otras personas. Reprendo á alguno porque se embriaga y me contesta: «zutano también lo hace.» ¿De aquí se infiere que embriagarse sea una virtud? Lo único que se aprueba es que varios individuos cometen la misma falta. Así lo más que se puede probar con la comparación de ciertas formas, es que hay defectos comunes á varias lenguas y al othomí, pero no que el othomí sea sublime y grandioso.

Esto, aun prescindiendo de similitudes forzadas que el Sr. Mendoza propone entre el othomí y las lenguas modernas ó antiguas. Para convencernos de esas similitudes forzadas, voy á poner el siguiente ejemplo.

Dice el Sr. Mendoza que así como el othomí tiene muchos dialectos, así el latín tiene por dialectos, el español, italiano y francés. El latín no es bárbaro sin embargo de eso; luego tampoco lo es el othomí, sino que, por el contrario, es grandioso y sublime.

Todo el mundo comprenderá la diferencia que hay entre un mismo idioma hablado en una misma época, por un mismo pueblo, y una lengua de las que se derivan otras compuestas de varios elementos, y formadas durante el curso del tiempo en distintas naciones. El othomí es bárbaro, porque carece tanto de sistema, de regla, que de un pueblo á otro no se entienden los interlocutores, resultando una verdadera gorgonza, una confusión; no un idioma fijo, determinado, claro. Los mejores lingüistas convienen en que una de las señales de civilización es la unidad de idioma; y en efecto, no probará el Sr. Mendoza que de un pueblo á otro de Francia dejen de entenderse las gentes como sucede entre los othomíes.

Cita el mismo señor algunos sinónimos de la lengua en cuestión para probar su sublimidad; pero calla la multitud de homónimos en que abunda, no obstante su roce con el mexicano, tarasco, etc. Esto más que todo, demuestra la es-

casez de recursos lingüísticos del othomí, vivir pobre en medio de la abundancia.

Hasta aquí se ha referido el Sr. Mendoza á lo que llama mi primera proposición, esto es, respecto á la pretendida sublimidad del othomí, que parece ser lo que llama más su atención, pues poco se ocupa después, muy superficialmente, en tratar la cuestión relativa al origen del lenguaje, no obstante que es más importante, más filosófica, y ni una palabra dice en cuanto á la aplicación precisa de esa cuestión, á la teoría que asentó en su disertación, sin restricción alguna, á saber que: «Todos los hombres formaron su lenguaje como los othomíes,» resultando esta consecuencia que seguramente por insostenible calla ahora su autor: «Todas las lenguas se formaron en el mismo molde que el othomí;» así es que son análogas el chino y el sanscrito, el mexicano y el othomí, el vascoense y el hebreo. Recuerde que el P. Nájera, de tanta autoridad para la persona á quien replico, dijo, hablando de los esfuerzos para asimilar el mexicano con el othomí: «que eso era trabajar en leña verde.»

Pero ya que el Sr. Mendoza elude la cuestión principal, me limitaré á examinar lo que contesta sobre el origen del lenguaje, en lo general hablando.

Me ataca el escritor, incurriendo precisamente en el defecto que me censura. Dice que yo formo un juego de palabras con el dicho de Platón: «el pensamiento es la conversión del espíritu consigo mismo,» y entabla, para probarlo, un verdadero juego dialéctico, uno de aquellos retruécanos escolásticos que se usaban en la edad media no para convencer, sino para echar tierra en los ojos del adversario, método abandonado en nuestros días: el sistema sofístico de las escuelas se ha sustituido con la expresión libre y desembarazada de la lógica natural, de lo que todo el mundo entiende, sin recurrir á las figuras geométricas de las contrarias y subcontrarias, de las subalternas y de las contradictorias. Permitido y conveniente es indicar el sofisma en que se incurre; pero las sutilezas dialécticas ya están proscritas.

Lo primero que, en sustancia, arguye el Sr. Mendoza, es que el dicho de Platon descansa en una teoría falsa, ya olvidada, la de las ideas innatas. Ruego al que tal cosa afirma

consulte los últimos tratados de filosofía como los de Julio Simón, Geruzé y Brisbarre, el último de los cuales es de asignatura en Francia: allí verá que la cuestión de ideas innatas no está tan olvidada como supone: es cierto que ya no se cree que el hombre nazca con tales y cuales ideas antes de todo desenvolvimiento psicológico; pero tampoco se admite hoy absolutamente el principio de Aristóteles exagerado por Locke y Condillac: «*Nihil est in intellectus quod prius non fuerit insensu.*» La teoría moderna y más aceptable, es que por ideas innatas se entienden «aquellas que se desarrollan en nosotros por el solo hecho de pensar.» En otros términos, hay dos clases de ideas: las *adventicias* de Descartes, ó *a posteriori* de Kant; y las *innatas* ó *a priori* que el entendimiento saca de su propio fondo.

Continúa el Sr. Mendoza poniendo como ejemplo de su sistema á los dementes, como si la psicología pudiera fundarse en los extravíos de un enfermo; como si tratándose de la fuerza digestiva, yo le hubiera puesto de manifiesto un diarreáctico. Como prueba de que para pensar no es preciso saber hablar, cita mi opositor á los sordomudos, al perro, al caballo y al elefante.

Respecto á los primeros nada de nuevo me enseña, supuesto que yo traté esta cuestión más á la larga, en un opúsculo que publiqué en 1869, y lo que hay en la cuestión es que el Sr. Mendoza la desfigura suponiendo gigantes los que son molinos de viento. Efectivamente, lo que yo dije en mis observaciones fueron estas palabras: «El lenguaje es un poderoso auxiliar de las ideas, de tal manera que no se comprende un raciocinio algo extenso sin el auxilio de la palabra.» Hay, pues, mucha diferencia entre sostener que el lenguaje sirva de desarrollo al pensamiento, y suponer que absolutamente se pueda pensar sin hablar.

En cuanto á la psicología de los caballos, perros y elefantes de que se hace mérito, no la conozco bien. Con mucho trabajo, algunos libros, y más que todo, la observación de mí mismo, he podido comprender algo del sistema psicológico humano. Si cuando yo muera se verifica en mí la transmigración, y voy á dar al cuerpo de un cuadrúpedo, á mi vuelta podré dar alguna razón de lo que pasa en ellos, pues el criterio más seguro de la psicología es el examen de la

propia conciencia; y supongo que lo mismo será en los caballos que en los hombres.

Después de este punto asienta el Sr. Mendoza, no sé á qué propósito, que él no ha leído mi obra sobre las lenguas indígenas de México, y que ni siquiera sabía existiese. Lo extraño es que sin haberla leído avance la proposición de que en ella asiento la doctrina «que las lenguas son de origen divino.» Jamás asenté esa doctrina en mi libro, porque nunca vino al caso; de manera que me permitirá el Sr. Mendoza le diga obra con ligereza al calificar lo que ni siquiera ha leído.

No pudiendo más adelante recusar el testimonio decisivo de Herder, confiesa que no ha estudiado filología, ni tiene un solo libro de esta ciencia. Pues bien, si yo me pusiese á discutir con el Sr. Mendoza sobre el modo de confeccionar una medicina, ó incurriendo en un error le contestase que no tenía yo conocimientos de farmacia ni obras sobre la materia ¿qué replicaría? Lo dejó á su propia consideración.

Concluye el Sr. Mendoza con aconsejarme ocupe mis libros en clasificar los idiomas indígenas. Este consejo es muy bueno; pero no le he necesitado: hace años empecé escribir, comparar y clasificar los idiomas mexicanos y está ya hecha su descripción en dos tomos que llevo publicados, procurando presentar las lenguas indígenas con la posible pureza, libres de las formas españolas, latinas y griegas con que los adulteraron los antiguos gramáticos. Bajo el mismo sistema y conforme á los principios modernos, espero concluir el último tomo, bastante adelantado ya, donde verá el Sr. Mendoza la clasificación que desea, aunque no ha de agradarle, porque en ella no admito ninguna familia de lenguas sublimes.

Voy á concluir este escrito haciendo una breve explicación sobre la manera con que entiendo el origen divino del lenguaje, á fin de evitar nuevas interpretaciones.

No creo con Bonald y los de su escuela que Dios enseñase á hablar á los hombres de una manera material, es decir, que para hablar sea preciso oír hablar; lo que defendí claramente (y es la opinión de muchos filólogos modernos) fué que el lenguaje es natural, espontáneo y en este sentido la obra de Dios, porque Dios dió al hombre la facultad de ha-

blar lo mismo que la de pensar. Lo que no puedo admitir es la suposición del Sr. Mendoza en su primer artículo, esto es, que los othomíes inventaron su lengua, como se inventa cualquiera otra cosa reflexivamente. Esto es suponer que los othomíes se juntaron un día al rededor de sus hogueras y discutieron cómo se había de llamar á tal astro, á tal fenómeno, á tal causa, á tal efecto. ¿No se percibe que ya este procedimiento supone el lenguaje?

Pero lo más importante de todo es que el Sr. Mendoza viene á convenir conmigo ahora en su contestación: ya no habla de que los othomíes crearan ó inventaran su idioma, sino que asienta estas palabras: «Quiero que se me deje en la creencia de que el lenguaje tenfa que salir necesariamente de los labios del hombre como sale de la garganta de los pájaros el canto.» Pues bien, esta es precisamente la opinión que he defendido, esto es lo que llamo espontáneo, pero no es lo que el Sr. Mendoza asienta en su primera disertación donde dice que los othomíes *crearon, inventaron* su lengua. ¿Inventa el pájaro su canto? Pues tampoco el hombre inventó la palabra, esto es, el primer material del lenguaje, como sostuvo antes el Sr. Mendoza.

Una palabra más, y concluiré. Para mí no son los críticos, no son los filósofos, no son los lingüistas quienes han explicado mejor el origen del lenguaje; es un poeta guiado de una inspiración felicísima. Me refiero á Milton en su Paraíso Perdido. He aquí de qué modo se expresa por boca de Adán:

«Como si acabase de despertar del sueño más profundo, me encontré tendido muellemente sobre la florida yerba, empapado de un sudor embalsamado que secaron en breve los rayos del sol, absorbiendo su vaporosa humedad. Volví mis asombrados ojos hacia el cielo y contemplé durante algún tiempo el espacioso firmamento, hasta que llevado por un rápido é instintivo impulso, dí un salto, como si mi intento fuese llegar hasta él, y quedé firme sobre mis piés.

«Divisé en torno mío una colina, un valle, bosques umbríos, llanuras en que se reflejaban los rayos del sol, y una líquida caída de arroyuelos bulliciosos: en estos sitios distinguí criaturas que vivían y se movían, que andaban ó vo-

laban; pajarillos que gorjeaban en las ramas: todo sonreía: mi corazón estaba inundado de gozo y de deleite.

«Entonces me recorrí á mí mismo con la vista y me examiné miembro á miembro; unas veces andaba, otras corría poniendo en juego mis flexibles coyunturas, según que me impulsaba un vigor animado; pero ignoraba quien era yo, donde me encontraba, y por qué causa estaba allí. *Intenté hablar y hablé inmediatamente: mi lengua obedeció y pude nombrar en el acto todo lo que yo veía.*»

Basta ya, por mi parte, de cuestión sobre el othomí, y no volveré á tocarla aunque lo haga el Sr. Mendoza, ya porque no tengo interés alguno en convencerle, ya porque para la importancia que pueda tener científicamente ese idioma, me parece sobrado con dos escritos en pro y dos en contra.

Suplico, pues, únicamente á la Sociedad inserte estos renglones en su Boletín para que las piezas del proceso queden completas, y puedan juzgar los inteligentes con pleno conocimiento.

México, Febrero 1º de 1873.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.